

empañaba tu espíritu, esa nube procedente de la ignorancia?

« Disipada está, responde el discípulo, y á tu voz he vuelto á hallar mi entendimiento. Firme permaneceré en mi fé, y mis acciones corresponderán á mis creencias.

« Y de este modo, dice entonces el poeta, fuí yo testigo ocular y auricular de la maravillosa plática que medió entre el hijo de Vaaseda y el magnánimo hijo de Pandoa; y así fué como logré la dicha de oír esa suprema y divina doctrina tal como fué revelada por el mismo Krisna el Dios de la fé. Mientras mas examino y recapacito en mi mente este santo y maravilloso diálogo entre Krisna y Arjuna, mas sobrenatural es el júbilo que mi corazón dilata. En cualquier lugar que se halle Krisna el Dios de la fé, por do quier resida Arjuna sin igual en disparar la flecha, allí campean seguramente la verdad, la fortuna, la victoria y la virtud. »

Y ahora pregunto yo : ¿ hay algo en este lenguaje, hay algo en estas doctrinas teológicas y morales, cuya fecha remonta á cuatro mil seiscientos años, que atestigüe la pretendida barbarie y grosera superstición que se complacen en atribuir ciertos filósofos al antiguo mundo para cimentar su orgulloso sistema? ¿ no es fácil de ver al contrario que reina en las citadas páginas, ó la sabiduría de una época madura en fé y virtud, ó bien el reflejo luminoso si bien vacilante de una revelación primitiva, no enteramente borrada de la memoria humana? ¿ Acaso no

acusan estos fragmentos una raíz llena de la savia moral del cristianismo futuro que vegetaba profético en las pendientes del Himalaya?

Antes de hojear con vosotros la literatura de la India primitiva, convenia daros una idea de la filosofía religiosa de este misterioso pueblo, pues al habla debe preceder el pensamiento.

Pasemos ahora á los poemas de esta literatura que constituyen á la vez su historia en poesía, y su teología en acción.

POST-SCRIPTUM.

En un himno de amistad oculto bajo la forma de crítica, un admirable escritor se queja y me censura por haber desesperado de la suerte de la humanidad y alejado á mis semejantes de la santa aspiración al progreso, exhumando del libro de la *Imitación* lo que denomina los miasmas fétidos de la edad media. Igualmente me incrimina el citado publicista por haber enervado al hombre, debilitado sus fuerzas y estenuado su virilidad al disipar las visiones seductoras, los luminosos espejismos, aunque en nuestro concepto muy peligrosos, de un progreso continuo é indefinido en este reducido planeta que habitamos por algunos dias.

Incesantemente pensamos responder á M. Pelletan en la posdata de nuestras *Conversaciones literarias*,

ó tal vez en el texto mismo, pues este eminente filósofo que platica como Platon, tiene derecho de dejarse mecer por sueños sublimes como el sabio de Atenas; pero por nuestra parte hace tiempo que estamos despiertos, y así no es de extrañar que desprecupados ó impávidos consideremos la desgracia misteriosa de nuestra condicion, juzgando que es mas bello y mas viril mirarla de hito en hito, que el negarla ó sumergir nuestro amargo sentimiento en el sopor producido por el opio. Siendo M. Pelletan un gran poeta, se entiende á las mil maravillas para preparar un filtro tan dulce como aromático; pero, por mas que halague nuestros sentidos, el jugo de la adormidera será siempre peligroso, pues solo puede producir delirios calenturientos de perfectibilidad indefinida en una tierra que es, que fué y que será eternamente un sepulcro entre dos misterios.

El progreso local, relativo y limitado, estoy pronto á concederlo; pero la perfectibilidad continua por ningun título, pues nada es acreedor á la denominacion de ilimitado en nuestra reducida grey, ceñida á un destello de duracion, á un átomo de espacio, á un puñado de polvo. Con las ideas se pueden construir sistemas, mas con la naturaleza ni por asomo; y, de lo contrario, llegaríamos á ser el ludibrio de los mismos elementos. Este género de utopia me recuerda los sepultureros de Hamlet que juegan á la taba en el cementerio. Aspiremos fervorosamente á una venturosa destinacion despues de esta vida, pero respetemos igualmente nuestra nada en este mundo.

En un historiador á cuya erudicion da pábulo á una sensatez admirable que se sublima á menudo por la poesía, esto es, por la sensatez transcendental de la imaginacion, hallamos una imágen pintoresca y patética de esta condicion transitoria de las civilizaciones humanas. Al señor Pelletan gusta el estilo figurado, y no puedo menos de aprobar su gusto, pues en efecto decir es poco, y pintar es mucho en materia de estilo. Las imágenes reproducen al vivo la idea, y no lo que no está representado no existe. Oigamos ahora á M. Thierry.

« Tal vez te acuerdas, oh rey » dice á su príncipe un gefe sajón, « de lo que sucede á veces en los dias
« de invierno cuando te hallas sentado con tus capitanes en torno de un fuego que calienta la sala,
« mientras esteriormente la nieve cubre la tierra y
« la intensidad del frío endurece el agua de los estanques. Si, en estas circunstancias, el vuelo rápido de un pajarillo lo induce á entrar por una
« puerta y salir por otra, encuentra halagüeño sobremanera tan rápido tránsito, pues no siente ni
« la lluvia, ni el viento, ni la escarcha; pero este
« instante es fugitivo, el ave desaparece en un abrir
« y cerrar de ojos, y *del invierno pasa á otro invierno.*
« Tal es la vida del hombre en esta tierra, y tal es
« su duracion momentánea comparada al tiempo que
« la sigue y precede: *del invierno pasa á otro invierno.* »

El aire esterior, la lluvia, la nieve, el viento, la escarcha, son las condiciones humanas; la sala ca-

liente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilización que atraviesa momentáneamente esta suave temperatura, si bien sin reposar, y que, perseguido por la inestabilidad humana, *pasa del invierno á otro invierno.*

Echemos un poco de leña en la lumbre, y roguemos á Dios que duren la luz y el calor; pero no fomentemos locas esperanzas en la avejilla que pasa, ni creamos en la eternidad de cosa alguna en esta tierra, ni aun siquiera en la eternidad de nuestros sueños.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION CUARTA

I

Hemos trazado una idea primera de la filosofía sagrada de la India. Entremos ahora en la poesía que tantos vínculos unen á la parte filosófica.

Pero, antes de exponer á vuestra vista algunos fragmentos de esos inmensos poemas épicos de la India primitiva recientemente descubiertos, digamos una palabra sobre lo que se entiende vulgarmente por poesía.

Varias veces he oído decir: ¿qué es la poesía? Cuestión vaga que, en mi concepto, equivaldría á preguntar: ¿qué es la naturaleza? ¿qué es el hombre?

No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible.